

El concepto de Nación y la fundamentación del nacionalismo

Luis Rodríguez Abascal

(Universidad Autónoma de Madrid)

Como señalaba Seton-Watson en un libro ya clásico,¹ cuando hablamos de nacionalismo podemos estar refiriéndonos por lo menos a dos fenómenos distintos: puede que estemos hablando de una doctrina política, o puede que nos refiramos, en cambio, a un movimiento político organizado. Seton-Watson se ocupó, en ese mismo libro, del nacionalismo como movimiento político. Yo, en cambio, voy a dedicar esta ponencia al nacionalismo en cuanto que doctrina política.

Ahora bien, ni el tiempo de que dispongo ni mis conocimientos sobre esta materia son suficientes para que pueda abordarlo desde todos sus ángulos. Ni siquiera desde la mayoría de ellos. En adelante me limitaré apenas a esbozar de forma en absoluto exhaustiva una serie de reflexiones sobre el concepto de nación, concepto que considero el punto de apoyo sobre el que descansa toda su estructura teórica la doctrina nacionalista.

Con instrumentos fundamentalmente analíticos, el concepto de nación ha sido estudiado con acierto por Francisco Laporta (1990), mientras que en Alfonso Ruiz Miguel (1989), David Mackinson (1988), o Joseph Raz y A. Margalit (1990), entre otros, pueden encontrarse también importantes trabajos marcadamente lógico-analíticos sobre cuestiones conexas. Estos y otros trabajos son de un enorme interés, pero dados los límites temporales de esta ponencia, voy a limitarme de momento a señalar su existencia.

¹ Hugh Seton-Watson: *Nations and States*, Londres Methuen, 1977, p.1.

Desde otras corrientes de la filosofía política, sin embargo, no ha sido tan frecuente, al menos en el ámbito académico en lengua castellana, encontrar trabajos que pongan decididamente de relieve los problemas conceptuales con los que se encuentra el nacionalismo. La aceptación prácticamente acrítica de la idea de nación -de existencia de las naciones- como herramienta de trabajo ha caracterizado algunas de las obras más importantes y valiosas aparecidas entre nosotros en los últimos años, como las de José Ramón Recalde (1982), Andrés de Blas (1984) y Gurutz Jáuregui (1986 y 1990). Han sido aproximaciones no estrictamente de filosofía política las que se han mostrado más críticas con el concepto de nación, en particular la de Juan Aranzadi (1981) y, en cierta medida, también las de Jon Juaristi (1987 y 1992).

Mi propósito es utilizar en esta ocasión los instrumentos metodológicos que dominan en el estudio del nacionalismo para, precisamente, dejar planteadas algunas dudas sobre la existencia misma de las naciones y, por lo tanto, sobre la utilidad y pertinencia de continuar usando el concepto de nación de la forma que se ha venido haciendo hasta ahora para estudiar el nacionalismo. Acabaré por concluir además que, debido a sus dificultades conceptuales, la idea de nación no es apta para fundamentar de forma satisfactoria teoría política alguna. Para quienes sospechen desde ahora que esta conclusión pudiera esconder alguna variedad de centralismo o nacionalismo españolista -o para quienes pretendan sacarle provecho en este sentido-, quiero anticipar también que el análisis que presentaré a continuación atañe por igual a todos los conceptos posibles de nación, y que la idea de España como nación no sale mejor parada que las demás a la hora de servir de fundamento a cualquier teoría política.

1) Definición del nacionalismo

Mi punto de partida va a ser una definición estipulativa² de nacionalismo en cuanto doctrina política: *el nacionalismo es aquella doctrina*

² Entiendo por definición estipulativa aquella que propone cómo debería usarse esta palabra. No se trata, pues, de una definición que esté de acuerdo con el uso que suele

política que sostiene que la titularidad última de la soberanía³ reside en la nación.⁴

Antes de continuar quisiera hacer tres comentarios sobre la definición propuesta aquí. En primer lugar, quiero señalar que, a pesar de haberla calificado de estipulativa, está muy cerca de ser una redefinición, porque considero que representa el mínimo común denominador de las definiciones ofrecidas por los autores de más relieve en el estudio del nacionalismo,⁵ desde Hans Kohn a Miroslav Hroch, pasando por Karl

hacerse de este término (definición lexicográfica), ni tampoco de una definición que tome como punto de partida y trate de recortar sus definiciones usuales de definición. (M. Atienza, 1985, p.10, aunque como se verá, considero que tal y como queda formulada conserva una relación estrecha con estas dos últimas.

³ Entenderé por soberanía la capacidad de dictar normas jurídicas del nivel jerárquico máximo, por encima de las cuales no cabe norma alguna (D. Raphael, 1983, p.66). Esto significa, en el caso del nacionalismo, que considera a la nación como la fuente última del poder político.

⁴ Esta definición establece que para reconocer a una teoría política como nacionalista deba reclamar para sí un estado propio, ni siquiera un tipo cualquiera de poder político. Bastará para considerarla nacionalista con que sostenga que es a la nación a quien le corresponde decidir sobre qué grado de poder político desea asumir, si desea cederlo temporalmente a alguna otra instancia o si decide reclamarlo de nuevo después de haberlo cedido. En otras palabras, el nacionalismo concibe la soberanía como un derecho subjetivo al poder político, derecho de naturaleza inalienable. De su ejercicio se puede disponer -ceder, delegar-, pero su titularidad es intransmisible. E.. artículo 1º del título III de la Constitución francesa de 1791 lo estableció de forma diáfana : *La Souveraineté est une, indivisible, inaliénable et imprescriptible. Elle appartient a la Nation; aucune section du peuple, ni aucun individu, ne peut s'en attribuer l'exercise.*

⁵ Cuando digo que puede considerarse su mínimo común denominador lo hago consciente de la abierta oposición de alguno de estos autores, como Gellner o Hroch, al considerar al nacionalismo como una doctrina política. A pesar de ello, creo que esta definición y el resto de este trabajo es compatible con sus respectivas teorías. En este caso concreto, su negación del carácter ideológico -el complejo interrelacionado de ideas sobre el hombre, la sociedad y la política al que se refiere Kedourie (1988, p.113)- del nacionalismo no se desprende de forma necesaria de sus teorías, a pesar de que ambos así lo aseguren, de modo que creo posible respetar el núcleo del análisis de estos dos importantes autores y discrepar en cuanto a este punto específico. Tal y como trataré de exponer a continuación, considero que la combinación coherente de los análisis socioeconómicos y los ideológicos no sólo es posible, sino altamente fructífera y esclarecedora.

W. Deutsch, Elic Kedourie, A.D. Smith, Hugh Seto-Watson, John Breuilly, Benedict Anderson o Ernest Gellner, entre otros.

En segundo lugar, sostengo que esta definición abarca -describe- a todos aquellos que, en el terreno político, se consideran a sí mismos como nacionalistas, y no sólo a ellos, sino que incluye además a muchos otros individuos y grupos que no se reconocen a sí mismos como tales: los nacionalismos que callan.⁶

En tercer lugar, quisiera anticiparme a una de las muchas críticas sin duda posibles. En efecto, recortar los contenidos del nacionalismo hasta el punto de limitarlos a la defensa de la soberanía nacional puede parecer una simplificación que peca de formalismo —el concepto de nación queda sin definir—, y que deja fuera partes fundamentales de esta teoría política. Habrá quien esté pensando, no sin parte de razón, que desde el nacionalismo se defienden más cosas y, con algo menos de razón, que además tendría que haber especificado en la definición qué se debe entender por nación.

Sin embargo, espero que se me perdone la insistencia si recurro una vez más que lo considero el *mínimo* común denominador compartido por todos los nacionalistas. En mi opinión, el trabajo de los teóricos del nacionalismo y de los movimientos sociales concretos comienza precisamente a partir de la asunción del principio de la soberanía nacional. Y no es un trabajo menor, porque deben definir, en primer lugar, a la nación, y en segundo término en qué sentido debe la nación ejercer la soberanía cuya titularidad le atribuyen.

La definición que he propuesto es, en efecto, una definición formal, pero lo es *necesariamente*, porque lo que diferencia a unos teóricos del nacionalismo de otros y a los movimientos nacionalistas entre sí es precisamente el contenido con el que la rellenan: por un lado, el concepto que mantengan de nación —tanto el concepto universalizable (en su caso) como el más inmediato de cuáles son las fronteras de la nación de que se trate y de quienes son sus miembros—; y por otro cuál debe ser

⁶ Tomo prestada esta afortunada manera de nombrarlos del título de un artículo aparecido en El Independiente el 13-X-1992, firmado por Carlos Taibo.

el objetivo del ejercicio de la soberanía.⁷ Pero lo más relevante para los propósitos de esta ponencia es que, si la definición que he propuesto de nacionalismo se aproxima a una descripción -mínima- suficiente de esta teoría política, podría entonces sostenerse, con Liah Greenfeld,⁸ que el fundamento último del nacionalismo "su única condición, es decir, sin la cual no es posible nacionalismo alguno", es la idea de *nación*. Es preciso, por lo tanto, responder cuanto antes a la pregunta que inmortalizara Renan.

2 ¿Qué es una nación?

Como no deseo utilizar la técnica del suspense, anticipo desde ahora que suscribo las palabras de Ernest Gellner⁹ cuando asegura que *"las naciones como una manera natural, dada por Dios de clasificar a los hombres [...] son un mito"* y que *"la gran, pero válida paradoja es esta: las naciones sólo pueden ser definidas en términos de la era del nacionalismo, y no al revés"*.

No se trata de una opinión gratuita, sino que es posible argumentarla, y no sólo desde su modelo teórico, de forma espero que convincente. Para lograr este propósito persuasivo voy a comenzar repasando alguno de los enfoques que se han utilizado para responder a la pregunta ¿qué es una nación? y para estudiar al nacionalismo. Los resultados a los que condujeron sentarán las bases de mi argumentación posterior.

⁷ Esta extrema versatilidad que caracteriza al nacionalismo se ve acentuada por un rasgo que ha sido señalado entre otros por A.D. Smith (1976, p.49), y es que "el nacionalismo [...] no ofrece una teoría completa del cambio social o de la acción política". Esto explica un hecho perfectamente observable a lo largo de su historia, y es que como nos recuerda Francisco Murillo Ferrol (1972, p.59), "ni aún donde tuvo un papel predominante dejó de estar mezclado con otras ideologías.

⁸ L. Greenfeld, 1992,p.3

⁹ E.Gellner, 1983, pp 19 y 55.

2.1 El enfoque empirista

De entre las muchas aproximaciones a la pregunta que nos ocupa, acaso la primera que utilizó un enfoque con pretensiones de universalidad -no referido a una sola nación- y empirista -no metafísico, falsable- fuese la aproximación formulada por el padre de la pregunta, Ernest Renan. Con el genuino estilo del científico social del siglo XIX francés, que toma como modelo de ciencia el de las ciencias naturales, Renan se disfraza de entomólogo y sale al campo de estudio a buscar, como si se tratara de mariposas, naciones.

Su hipótesis de partida era, por tanto, que las naciones son hechos sociales *objetivables*, y que un buen trabajo de recolección de datos y clasificación le iba a aportar aquellos elementos comunes (cuatro alas, antenas, cuatro pares de patas, período de metamorfosis, oruga) con los que identificarlas y definirlas.

Así, su sencillo método para "descubrir" qué es una nación fue el de poner a prueba, uno a uno, todos los rasgos objetivos que supuestamente podrían servir para distinguir a unas naciones de otras. La lengua, la raza, la historia, las costumbres, la religión, la comunidad de intereses, la geografía, la dinastía, uno por uno Renan analiza estos elementos objetivos, los coteja *con las naciones reconocidas como tales en su época*¹⁰ y no encuentra que ninguno les sea atribuible a todas, no encuentra ninguno *esencial* para reconocer a una nación.

Su conclusión final es que el único rasgo objetivo a partir del cual se puede distinguir a una nación es un rasgo objetivo, sí, pero interno a los individuos, que depende de ellos: es "el deseo de vivir juntos" (p.37), circunstancia empíricamente observable, según Renan, mediante la consulta electoral *realizada con este fin*.¹¹

¹⁰ Obsérvese cómo Renan antes de estar en condiciones de poder responder a la pregunta que él mismo se plantea -¿qué es una nación?- ya es capaz sin embargo de responder a otra lógicamente posterior: ¿cuáles son las naciones?. Esto es consecuencia de las exigencias de su método inductivo-empirista.

¹¹ *Referenda* de autodeterminación, utilizando la terminología contemporánea inexistente todavía en tiempos de Renan. Hay pocas dudas de que su respuesta última al

Desde la conferencia de Renan, muchos han sido los autores que han reproducido el mismo esquema de razonamiento,¹² y siempre conduce a consecuencias similares:

- 1) la imposibilidad de encontrar uno o varios rasgos objetivos externos con los que definir "nación" -son considerados, todo lo más, como *favorecedores* del hecho nacional, pero nunca como *necesarios*-, y
- 2) la necesidad en todos los casos de contar con el elemento volitivo (objetivable) renaniano.

Ahora bien, el criterio ofrecido por Renan ha de hacer frente al menos a dos importantes dificultades. En primer lugar, ha de responder a la contundente objeción presentada por Gellner: "incluso si la voluntad fuera la base de la nación [...], es también la base de tantas cosas más, que posiblemente no podamos definir la nación de esta manera" (E.Gellner, 1983:p.54). En efecto, en esta definición entran una enorme tipología de grupos: clubs, bandas armadas, sectas religiosas, etc... ¿Por qué no es ninguno de ellos una nación? ¿Por qué ninguno de ellos es titular de su propia soberanía? ¿Por qué no ha de reconocérseles la capacidad de darse sus propias normas?

En segundo lugar, resulta que en numerosos casos este concepto de nación, que el entomólogo cazador y clasificador de naciones pertrechado de su lupa y su redecilla ha pinchado con un alfiler en un tablón

nacionalismo fuese el reconocimiento del derecho de autodeterminación. "Si se promueven dudas sobre sus fronteras, consultad a los pueblos disputados. Tienen derecho a opinar en la cuestión.(p.41): "En el orden de ideas que os someto, una nación no tiene más derecho que un rey a decirle a una provincia: "tú me perteneces, y yo te tomo". Para nosotros, una provincia son sus habitantes; si alguien tiene derecho a ser consultado en este asunto es el habitante. Una nación no tiene jamás un verdadero interés en anexionarse o en retener un país contra su voluntad. El voto de las naciones es, en definitiva, el único criterio legítimo, aquél al que siempre es necesario volver (pp 38-39)

¹² A este respecto pueden enumerarse, como breve muestra, H. Kohn, 1949, p.25; K. Deutsch,1962, pp 17-28; M. Albertini, 1969, pp 7-8; A.Passerin d'Entrèves (a propósito de la postura de C. Chabod en este sentido) 1969, p 91; C.J.Friedrich, 1969, p 25, etc.

de corcho, no se corresponde con el que utilizan numerosos teóricos y líderes nacionalistas.¹³

Este hecho arroja una sombra de duda sobre la supuesta capacidad del método renaniano para encontrar respuesta a su pregunta, al menos dentro de los planteamientos de esta ponencia. Tal y como ha quedado definido "nacionalismo" más arriba -doctrina que sostiene que la soberanía reside en la nación-, el hecho de que muchos teóricos y líderes nacionalistas utilicen otro concepto de nación, distinto del de Renan, sólo deja dos alternativas: o bien no podríamos llamar nacionalistas a estas personas -reconocidas habitualmente como tales-, o el concepto de nación al que llega Renan no nos sirve para aplicarlo al nacionalismo -a todos los nacionalismos-. Cualquiera de las dos soluciones es insatisfactoria, de modo que se impone más bien la opción de abandonar el concepto de nación de Renan en los depósitos de algún museo de Ciencias Naturales.

¹³ En efecto, no todas las teorías nacionalistas toman en cuenta la voluntad de las poblaciones para identificar cuál es la nación. Los ejemplos son tan numerosos como conocidos: este es el caso de aquellos que definen Gibraltar como español ignorando lo que piensan los gibraltareños; o de aquellos que señalan a Navarra como parte de Euskal Herria sin contar con la opinión de los navarros; otro tanto ocurre con la marroquinidad del Sahara definida desde Rabat. El conocido fragmento de Heinrich von Treischke es un magnífico ejemplo de estas posiciones: "¿Quién, al enfrentarse a este deber que garantiza la paz del mundo, aún se atreve a poner la objeción de que el pueblo de Alsacia y Lorena no desean pertenecer a Alemania? [...] Los alemanes que conocemos tanto Alemania como Francia, nos damos cuenta mejor de lo que conviene a los alsacianos, lo vemos con mayor claridad que ese desdichado pueblo, al que, en las falsas condiciones de la vida francesa, le ha sido negado todo verdadero conocimiento sobre la Alemania moderna. Deseamos, aún contra su voluntad, restaurarlos a sí mismos". H. von Treischke, *Zehn Jahre deutscher Kämpfe*, 3ª.ed, Berlin, 1897, vol.1. pp.326 y ss., citado en H. Kohn, 1949, p.482, por la trad. inglesa de H.W.C.Davis, *Political Thought of H. von Treischke*, Londres, Constable, 1914, pp.110 y sig.). Una variante de estas actitudes es aquella que sostienen quienes no sólo desprecian la opinión de los habitantes de cierta zona a la hora de incluirla o no en una determinada nación, sino que albergan además el proyecto de expulsar de allí a quienes la habitan. Son los casos de muchos nacionalistas serbios cuando miran hacia Kosovo o cuando ocupan militarmente Bosnia; y lo mismo puede decirse de muchos radicales israelíes y palestinos cuando imaginan al topónimo Palestina habitado sólo por los unos y no por los otros. Así pues, no todos los nacionalistas estarían de acuerdo con la definición renaniana de nación. Ni mucho menos.

2-2. El enfoque lingüístico

Los trabajos de rastreo semántico que algunos investigadores ¹⁴ han llevado a cabo sobre la historia de la palabra nación suponen un paso más hacia la comprensión cabal del fenómeno.

Guido Zernatto, ¹⁵ en uno de esos trabajos, relata cómo a lo largo de los siglos la palabra nación tuvo básicamente cuatro significados distintos que se sucedieron de forma lineal y acumulativa.

En Roma, dice Zernatto, su primer significado fue despectivo. Designaba a los grupos de extranjeros procedentes de una misma región geográfica cuyo status no era el de ciudadano y que habitaban en algunos barrios de las ciudades coloniales del imperio. ¹⁶ Así, la palabra *natio* fue utilizada a menudo en sentido figurado para expresar desprecio o burla: "uno hablaba de una *candidatorum natio*, de una *natio Epicurorum*, y Ciceron también designó una vez al partido de los optimates una *natio*, con lo cual, ciertamente, no pretendía honrarlo". ¹⁷

¹⁴ A este respecto pueden consultarse, entre otras, las obras de H. Kohn (1944), G. Zernatto (1944), C. Chabod. (Alcune questioni di terminologia: Stato, nazione, patria nel linguaggio del Cinquecento, publicado como apéndice en L'idea di nazione, Bari Laterza, 1962, pp.139-186) y A.Kemiliäinen (Nationalism Problems Concerning the Word, the Concept and Classification, Jyväskylä: Kustantajat,1964)

¹⁵ La estructura del recorrido semántico que voy a seguir a continuación procede de un trabajo realizado por Guido Zernatto ("Nation: the history of a word". Review of Politics, 6, 1944, pp.351-366). El recorrido de Zernatto coincide, en su totalidad, con el expuesto en el mismo año -1944- por uno de los pioneros en el estudio del nacionalismo, Hans Kohn.

¹⁶ Guido Zernatto, 1940, p.352. Liah Greenfeld (1992,p.4) asegura que dos términos con funciones similares, *ethne* y *amamin*, habían servido en Grecia e Israel para nombrar a los extranjeros, y en particular a los paganos. Sin embargo hay que advertir que Greenfeld no justifica este paralelismo y aquí es preferible ponerlo en cuarentena, pues del estudio de Zernatto se desprende con claridad que con esta palabra no se designaba a todos los extranjeros. Lo único aparentemente pacífico es que la *natio* romana era un grupo distinto de un pueblo (*gens*) y también de un clan (*stirps*).

¹⁷ G.Zernatto, 1940. p.353, y añade: "En el italiano esta connotación reapareció más tarde: Maquiavelo en su Storia Fiorentina (Lib.2) habla en un cierto momento del partido gibelino como una nación

Durante la Alta Edad Media, el término fue utilizado en el ámbito universitario para dividir a los estudiantes según sus regiones de origen. Ahora bien, estas divisiones no se correspondían en absoluto con las actuales naciones.¹⁸ Su principal función era la de canalizar las disputas escolásticas desempeñando el papel de grupos de opinión. Este cambio del significado de la palabra supuso, por un lado, la desaparición de su carga despectiva, y por otro, que se la asociara con grupos de opinión y finalidad común. Además Zernatto subraya una característica significativa, a saber, el hecho de que "las naciones existían sólo en el *extranjero*. Ningún estudiante habría pensado en usar *nación* después de regresar de la ciudad universitaria. Eso habría sido completamente absurdo".¹⁹

Por extensión, también se denominó *naciones* durante la Edad Media a las secciones en las que se dividía el voto en los concilios ecuménicos.²⁰ De acuerdo con Kohn, ya en el concilio de Lyon de 1274 se estableció la división en naciones, y se repitió en el de Viena de 1321, de modo que "en el Concilio de Constanza (1414-1417), los votantes estaban divididos en cuatro "naciones": Alemania, Francia, Italia e Inglaterra.[...]. En la nación alemana estaban comprendidos los delegados del este de Europa: los alemanes, húngaros y polacos; en la inglesa, todos los del norte de Europa, incluyendo los escandinavos."²¹

¹⁸ Por ejemplo, había cuatro naciones en la Universidad de París, el gran centro del conocimiento teológico: "L'honorable nation de France", "la fidèle nation de Picardie", "la venerable nation de Normandie" y "la constante nation de Germanie". La "nation de France" incluía a todos los estudiantes procedentes de Francia, Italia y España; la de "Germanie", aquellos de Inglaterra y Alemania; la "nación de Picardie" estaba reservada a los holandeses; y la normanda, para aquellos del nordeste" (Greenfeld, 1992,p.4). Hans Kohn difiere en la enumeración de las naciones de la Universidad de París: en lugar de la de "Germanie", habla de la nación de "Inglaterra" (H.Kohn, 1949,p.102) También la Universidad de Praga se dividió desde su fundación en cuatro naciones: checos, bávaros, polacos y sajones (H.Kohn,1949,p.101).

¹⁹ - G. Zernatto, 1940. p.355.

²⁰ Hans Kohn señala que este método de votación "tal vez fue el resultado de la imitación de los grupos estudiantes en la Universidad de París (H.,Kohn,1949,p.102). Ver también G. Zernatto,1940, pp.357-362.

²¹ H.Kohn, 1949, p.101

Ahora bien, "los delegados conciliares no eran sólo *extranjeros* que se encontraban casualmente agrupados lejos de la tierra de origen. Tenían por encima de todo una naturaleza mucho más importante: eran representantes [...] Eran apoderados de príncipes seculares, representaban a universidades. A través de esta naturaleza de los miembros de las naciones conciliares, la palabra *nación* adquirió una nueva expansión de significado. Desde los concilios, una nación pasó a significar sobre todo un cuerpo representativo cuya principal característica era que se suponía que entre sus miembros individuales había un cierto vínculo débil de origen territorial. Un cuerpo representativo es sin embargo (no importa *cómo* se formó) un grupo *selecto* de hombres, una élite".²²

Este sistema de representación fue imitado por los cada vez más poderosos príncipes y monarcas. Los estamentos llamados a formar algunas cortes y asambleas fueron también llamados naciones. En 1484 los primeros Estados Generales franceses debatieron divididos en seis naciones.²³ Las naciones eran comunidades de élites con un mismo origen, y este significado pervivió, en opinión de Guido Zernatto, hasta el siglo XIX. Ni siquiera la Revolución Francesa alteró sustancialmente este penúltimo sentido de la palabra.

La Revolución quiso distinguir entre pueblo y nación desde sus inicios. "El propósito de la Revolución Francesa no fue elevar a la plebe desde abajo hacia la igualdad de derechos. El propósito era más moderado; convertir en más aristocrática a una cierta capa alta de la plebe [...]. La ciudadanía se había convertido en la nación".²⁴ Pero la ciudadanía, la burguesía, todavía se distinguía de la plebe, del populacho, de la chusma, por medio del sufragio censitario. Los financieros, los abogados, los mercaderes, los hombres de letras y los artistas eran las nuevas élites y reclamaron su derecho a ser reconocidos como tales; es más, exi-

²² G.Zernatto, 1992, p.361.

²³ G. Zernatto, 1992, p.363.

²⁴ G. Zernatto, p.365.

gieron ser la única élite, ellos eran la nación, tal y como afirmó Sieyes.²⁵

Todavía la nación no había adquirido su último significado, el de pueblo soberano. Zernatto sitúa este último cambio semántico en el siglo XIX; lo mismo hace Elie Kedourie,²⁶ Hans Kohn hace más énfasis en la Revolución Francesa,²⁷ y Liah Greenfeld se remonta a la revolución puritana.²⁸

No es preciso resolver ahora el problema del cuándo. Lo verdaderamente importante es que todos estos autores coinciden en señalar que a partir de un determinado momento de la historia reciente de Europa la palabra nación pasa a significar pueblo *distinto, único*, formado por personas de un mismo origen, portador de la soberanía, base de la solidaridad política y objeto supremo de lealdad.²⁹

Podemos añadir, además, que con la sola posible excepción de Inglaterra y acaso Holanda, aunque se hubiera dado el cambio semántico en el

²⁵ E.J. Sieyes. *¿Qué es el Tercer Estado?* Madrid: Alianza, 1980. En efecto, su significado se asoció de tal manera a las élites que Zernatto cita a Montesquieu, a Joseph de Maistre y Schopenhauer para demostrar cuán tarde era aun aceptado este significado de la palabra. De Maistre, consecuente con su posición ideológica, aseguraba también que la nación es "la aristocracia y el soberano" (ibid,pag.363), y Shopenhauer afirmaba que "cualquiera que no entienda latín pertenece al pueblo"! (Ibid).

²⁶ E.Kedourie, 1985

²⁷ H.Kohn, 1949.

²⁸ I. Greenfeld, 1992. De su misma opinión es J.J. Chevalier: "[...] en Inglaterra, la torpeza de los Stuarts deshizo lo que la habilidad de los Tudor había comenzado a edificar, y así la revolución puritana puso de relieve la idea insólita de una nación inglesa distinta de su rey (hasta el punto de cortarle la cabeza)" (J.J. Chevalier, 1969, p.51).

²⁹ Obsérvese que si nación equivale a pueblo soberano, y nacionalista quien afirma que la nación es el soberano, realizando una sencilla sustitución lógica de los términos resulta que nacionalista es quien afirma que la nación es la nación. Esta es la razón por la que a menudo en el mensaje nacionalista hay solo un enunciado "*X es una nación*". Lo demás -que X es por tanto soberana y que es titular de derechos políticos irrenunciables- está sobreentendido porque es parte del significado de la palabra nación. Quien a esa afirmación responde que la nación no es X sino Z, y que X es parte de Z, está jugando al mismo juego de enunciados nacionalistas implícitos. Para ser nacionalista basta con utilizar el concepto de nación en la arena política.

XVII inglés, o en el XVIII francés o en el XIX alemán, en el resto de Europa este último -y de momento definitivo- significado no se generalizó hasta el siglo XIX.³⁰

Después de este rápido recorrido por la historia semántica de la palabra nación, quizá resulten menos sorprendentes las conclusiones de un breve trabajo de Raymond Polyn.³¹ Este autor rastrea la palabra nación no en el lenguaje popular o en el literario, sino en el vocabulario de los filósofos más relevantes de los siglos XVI y XVII. En su opinión, ni en el siglo XVI Maquiavelo o Bodin, ni en el XVII Grotius, Pufendorf, Hobbes o Locke utilizan la palabra nación, y las raras veces que alguno de ellos lo hace, su significado no tiene nada que ver con el moderno.³²

³⁰ Como muestra, veamos la confusión semántica existente en la lengua italiana de mil ochocientos. Según Mario Albertini todavía "en el siglo XVIII, en Italia, la palabra *nación* era empleada, bien para designar la comunidad política urbana o regional, bien para designar la comunidad de lengua literaria -Italia-, bien para designar a Europa, entendida como una comunidad de cultura; este empleo, por otra parte, estaba generalizado por aquel entonces (M.Albertini, 1969, p.5).

³¹ R.Polyn, 1969.

³² Así, a) Maquiavelo: "la idea de nación[...] constituye una anticipación todavía lejana de una toma de conciencia nacional, más inspirada por el recuerdo de Roma que por el mito moderno de la nación"; b)Bodin: "construye su República a partir de la familia, no a partir de la nación"; c) Grotius: en la fórmula *ius gentium* "faltaba la idea de nación; la de *gens* hacía sus veces"; d)Pudendorf, en "De iure naturae gentius, como ocurría con Grotius, cuando no utiliza la palabra *gens*, es la palabra pueblo la que baja por su pluma [...]. La representación moderna de la nación no aparece todavía"; e)Hobbes: "no se encuentra apenas la palabra nación salvo en su texto histórico de Behemoth, donde son recordadas las relaciones de amistad o enemistad entre ingleses, franceses y escoceses", y Poluyn asegura que entonces equivale a la palabra terruño (*pays*), por lo que asegura que "no hay lugar en la doctrina de Hobbes para la conciencia nacional"; f) Locke: "La palabra nación no aparece sino en un contexto bíblico, y es para designar "a diversity of families" en el momento de la dispersión de la torre de Babel", o también para evocar poblaciones extranjeras de "terruños" (*pays*) diferentes" (R.Polin, 1969,pp.38-40). La ausencia de la idea de nación en teóricos del Estado de la relevancia de Maquiavelo, Rodin y J. Hobbes ha sido observada, entre otros, por A.Passerin d'Entrèves (1967,p.246) -quien la explica, a mi modo de ver, de forma insatisfactoria-, y Alfonso Ruiz Miguel (1992): "las pretensiones justificativas y no explicatorias del ius-naturalismo racionalista [...] permiten comprender cómo no sólo Locke, sino también J.Hobbes, Pufendorff o Spinoza dan una imagen vaga y formal del paso del estado de naturaleza a la sociedad civil que viene explicado, en realidad justificado, por unas u otras razones prudenciales o morales, pero que carece

La conclusión a la que llega no puede ser más clara: "El siglo XVII se acaba, por tanto, sin que la idea de *nación* haya adquirido consciencia alguna o un sentido técnico en el lenguaje de los filósofos. La nación, en el sentido moderno de la palabra, no ha logrado todavía la existencia, en todo caso no una existencia consciente, que es [...] el modo específico de su existencia".³³

2.3. El enfoque idealista

La historia semántica de la palabra nación nos ha ofrecido al menos dos ideas desde las que poder trabajar. La primera, que no se trata de un término que haya sido usado siempre en el terreno político. La segunda, que el significado contemporáneo es el de "pueblo diferenciado dotado de soberanía".³⁴ Es verdad que esta definición, habitual y subyacente en la vida política contemporánea no nos ayuda a distinguir unas naciones de otras. Pero es un paso definitivo para comprender la historicidad del fenómeno.

Huelga llamar la atención sobre la novedad que supuso de esta combinación de palabras: pueblo y soberanía. El proceso del traspaso de la soberanía del monarca al pueblo, la sustitución de la legitimidad dinástica y divina por la legitimidad popular es el gran cambio político de la era moderna. Si "nación" es un pueblo diferenciado dotado de soberanía, este tipo tan particular de pueblo sólo aparece en un estadio muy reciente de la historia de la humanidad. Para poder *siquiera concebirlo*

de explicación propiamente dicha en términos históricos y sociales, y por tanto, prescinde de los elementos que más tarde se considerarán identificadores de la nación".

³³ Polin, 1969,p.40

³⁴ A la vista de esta primera conclusión habrá quien opine que no es una conclusión significativa y que legítimamente se pregunte "¿no es posible acaso que las naciones hayan existido siempre, pero que no fuese *nación* el nombre que las arropaba?. Claro que esto es posible, pero la comprobación de esta posibilidad plantea un grave problema metodológico: antes de poder afirmar tal cosa tendríamos que saber qué es una nación. Y además, tendrá que ser algo distinto de un pueblo soberano, porque estos últimos, los pueblos soberanos, no sólo no han existido siempre, sino que son bien recientes en la historia de la humanidad

se hubieron de dar unos requisitos que hasta hace apenas dos siglos habrían sido tildados de imposibles o revolucionarios;³⁵ fue preciso secularizar el pensamiento político; dejar de pensar en términos de legitimación divina del poder. Hubo que incorporar al "pueblo" en el discurso de lo político, y para ello desafiar la rígida estratificación social - estamentos, castas, etc.-; esto lo consiguió -en el plano de las ideas- el principio de igualdad, la idea de una sociedad formada por átomos iguales entre sí. Hubo que atraer a *todos los individuos*, y no sólo a ciertos hombres o clases, hacia una lealdad común, y también para conseguir esto fue preciso dignificar el concepto de "pueblo". Hubo de divulgarse y arraigar la idea de la representación de modo que cobrase sentido la existencia de un todo distinto de una suma de individuos.³⁶ Tuvo que extenderse la idea de una fraternidad *laica*,³⁷ distinta de la proporcionada por la idea de la *Respublica Christiana*. Y sobre todo, la idea de soberanía era una idea de *poder* muy particular, su aparición significaba que era posible establecer un poder estable y uniforme sobre un territorio grande y claramente definido, de ahí que Kohn asegure que "es imposible pensar en nacionalismo antes de la aparición del estado moderno entre los siglos XVI al XVIII."³⁸

³⁵ No pretendo hacer aquí una exposición exhaustiva de los autores e ideas que acaban por hacer posible la aparición del concepto de nación. Evito, muy en particular, entrar en la polémica entre Kedourie (1988) y Gellner (1983), en la que tercia Smith (1976) sobre el papel que desempeñó Kant, y en particular el uso desviado que de su principio de autonomía hicieron algunos de sus predecesores. Mi propósito es, más bien, dejar simplemente esbozada a grandes trazos la idea de que el concepto de nación no pudo venir solo, sino que se nutre de y se apoya sobre buena parte del ideario político de la modernidad.

³⁶ Sobre la importancia de la idea de la representación véase Murillo Ferrol, 1972, pp.187-191, y la introducción de Marta LLorente y Lidia Vázquez a E.J.Sieyes: *¿Qué es el Tercer Estado?* Madrid, Alianza, 1989, pp.7-14 y aparato crítico, esp.p.143, notas 4.

³⁷ "A principios del siglo XVII los estados nacionales del occidente de Europa continuaban considerándose parte de la república cristiana; tenían todavía la sensación de pertenecer a una unidad más elevada que la de cualquiera de las divisiones nacionales en las que el continente se fragmentaba " (H.Kohn,1949, p.165).

³⁸ H.Kohn,1949,p.18.

En suma, antes de que pudiera aparecer en nuestro imaginario político, el concepto de nación tuvo que esperar a que se diera un cierto sustrato ideológico, mínimo. El "pueblo" debía dejar de ser súbdito y convertirse en soberano, pero este cambio de posición tuvo que venir acompañado necesariamente de una inversión completa de la forma de concebir las relaciones sociales y políticas.

No deseo entrar en la discusión sobre cuál fue la primera en conseguir la lista completa de estos requisitos, si la Revolución Inglesa o la Francesa.³⁹ El papel de la Revolución Francesa fue trascendental en cualquiera de los dos casos, porque, como escribió el recientemente desaparecido Eliie Kedourie, "la revolución significó que si los ciudadanos de un Estado ya no aprobaban las instituciones políticas de su sociedad, tenían el derecho y el poder de reemplazarlas por otras más satisfactorias [...] La Revolución demostró que una cosa tal era factible".⁴⁰

Así pues, el concepto contemporáneo de nación, el que utiliza la doctrina política nacionalista, ancla sus fundamentos en el corazón de la filosofía política de la modernidad, sin la cual habría sido *inconcebible*. Lejos de ser un regreso irracional y atávico a la tribu, la idea de nación exige como presupuesto el asentamiento del ideario racionalista, moderno.⁴¹

³⁹ Ya hemos visto que Zernato atribuye a la revolución puritana la puesta en la escena política de la palabra nación. También Kohn la reconoce como la primera semilla del nacionalismo: "El sentimiento de llevar a cabo una gran tarea no se restringía a las clases superiores, sino que afectó al pueblo, elevándolo a una nueva posición de dignidad. Ya no era "el común de las gentes", objeto de la historia, sino "la nación", el sujeto de ella, llamada a realizar una gran misión en la que todos tenían que participar individualmente. Aquí encontramos el primer ejemplo de nacionalismo moderno, religioso, político y social a la vez, aunque no se trate todavía del nacionalismo secularizado que apareció a finales del siglo XVIII, Kohn, 19949, p.148.

⁴⁰ E.Kedourie, 1966, p.4.

⁴¹ No es de extrañar, por tanto, que Habermas defina al nacionalismo como "una forma *específicamente moderna* de identidad colectiva" (J.Habermas, 1989, p.89) (Subr.mío).

2.4. El enfoque socioeconómico

Difícilmente los conceptos políticos surgen de la nada. Las ideas filosóficas tienen una relación tan estrecha con el sustrato socioeconómico en el que aparecen como la tiene la realidad socioeconómica con el contexto filosófico sobre el que se desarrolla.

Hemos visto que el concepto de nación exigía ciertas condiciones de posibilidad en el terreno de las ideas antes de que pudiese ser incluso imaginado. Pues bien, para que pudiera ser tomado en serio, para que resultara creíble, eran precisas también unas condiciones materiales mínimas.

Uno de los primeros en utilizar un método socioeconómico para explicar la existencia de la nación -alemana- fue Otto Bauer, y sus conclusiones son, en una enorme medida, coincidentes con las de los científicos sociales que llegarían años después con un instrumental más sofisticado. Según Bauer -simplificando sus palabras- la nación alemana es producto del capitalismo.⁴² Lo cierto es que no andaba muy desencaminado.

Pensemos por un momento en el tipo de sociedad que precedió al mundo moderno. Si exceptuamos los últimos doscientos años, "virtualmente durante toda la historia humana la inmensa mayoría de las personas tenían que producir sus propios medios de subsistencia, y vivían en pequeños grupos o comunidades aldeanas reducidas. Incluso en el culmen de las civilizaciones tradicionales más desarrolladas -como la antigua Roma o la China tradicional- menos de un 10 por 100 de la

⁴² Bauer consideraba que los germanos de la época del César sí eran una comunidad cultural -éste es su concepto de nación- pero opinaba que esta comunidad se desintegró en pequeñas unidades locales tras su sedentarización y conversión a la labranza. "Sólo el capitalismo moderno volvió a generar una cultura verdaderamente nacional del pueblo entero, que saltó por sobre los estrechos límites de la democracia aldeana. Y lo llevó a cabo erradicando a la población arrancándola de la fijación local, cambiándola de lugar y de profesión. [...]. Llevó a cabo su obra por medio de la democracia, que es su producto, a través de la escuela elemental, el servicio militar obligatorio y el sufragio censitario " (O.Bauer, 1907, p.103).

población vivía en áreas urbanas, y todos los demás estaban empleados en la producción de alimentos".⁴³

El ámbito en el que se desarrollaba no sólo la vida cotidiana, sino la vida toda de la inmensa mayoría de la población en las sociedades tradicionales era reducidísimo. Pensar en términos superiores a la comarca era una actividad que sólo estaba al alcance de algunas minorías muy cualificadas.⁴⁴ Como ha señalado Albertini, para una gran parte de la población de las sociedades premodernas el marco del poder político supremo y aquél de la vida en común habían dejado de coincidir a partir de la ciudad-estado.⁴⁵ Saltan a la vista las dificultades para que pudiera aparecer la idea de nación tal y como la hemos visto caracterizada en los apartados anteriores.

Hans Kohn utilizó con acierto, para hablar sobre el nacionalismo, la distinción que en su día hizo Nietzsche entre *Fernstenliebe*, amor por los distantes, y el *Nächstenliebe*, amor por los próximos: "el nacionalismo -nuestra identificación con la vida de varios millones de seres que jamás conoceremos, con un territorio que nunca visitaremos en toda su extensión- es diferente, cualitativamente, del amor por la familia o por el terruño. Es de calidad análoga al amor por la humanidad o por la tierra entera". La razón es bien sencilla: "el amor del terruño y de la familia [...] es un sentimiento concreto accesible a todos gracias a la experiencia cotidiana, mientras que el nacionalismo, y en mayor grado,

⁴³ Anthony Giddens: Sociología, Madrid, Alianza, 1989, p.45.

⁴⁴ En esta misma dirección, M. Albertini señala que en la Edad Media "la vida de cerca del 90% de la población discurría casi exclusivamente en el marco de pequeñas unidades territoriales, más allá de las cuales no tenían lugar relaciones sociales correctas, estables y directas. De todo esto resulta que quienes piensen que las naciones existen, al menos virtualmente, desde la Edad Media, tienen en cuenta el hecho de que las poblaciones establecidas sobre aquellos territorios que corresponden a las naciones actuales, incluso si a veces se encontraban bajo un mismo rey, estaban divididas por barreras territoriales prácticamente infranqueables y no podían, por esta razón, tener experiencia alguna, ni siquiera embrionaria, de una integración que ni existía ni se esbozaba" (M.Alberini, 1969, p.10)

⁴⁵ . Albertini, 1969,p.11).

el cosmopolitismo, es un sentimiento complejo y, en su origen, abstracto."⁴⁶

Pues bien, las que hicieron posible que cada vez extensiones más grandes de territorio fueran *mínimamente* "accesibles a la experiencia cotidiana" -experiencia cotidiana casi siempre mediada, indirecta, "abstracta"- fueron las grandes transformaciones de la Era Moderna: la imprenta, los periódicos, la mejora de los transportes, el nacimiento y progresiva ampliación de los mercados, la ruptura de las rígidas barreras sociales premodernas y su sustitución por la movilidad social, etc.

En esta misma línea de análisis, los estudios de K.W. Deutsch, E. Gellner y M. Hroch, entre otros, han tratado de demostrar, cada uno desde su propia perspectiva, que hay una relación directa entre la aparición del nacionalismo y el cambio socioeconómico llevado a cabo por el capitalismo y la industrialización. Veamos a continuación sintéticamente cuáles son los postulados principales de cada uno de ellos.

Son las necesidades del nuevo sistema productivo, asegura Gellner, las que exigen un sistema educativo con el que "manufacturar seres humanos viables" para aquél. El nuevo tipo de trabajo ya no supone la manipulación de cosas, sino de significados. Este hecho y el de la enorme movilidad social y laboral que precisa el sistema convierten a la lengua y la cultura que se enseñan en la escuela, dice Gellner, en los bienes sociales más preciados y relevantes: "el monopolio de la legítima educación es ahora más importante que el monopolio de la legítima violencia",⁴⁷ y sólo hay una institución lo suficientemente grande y organizada como para asumir esa misión: el estado. El binomio cultura-estado es una exigencia de la sociedad industrial, como lo es la maximización de la homogeneidad de la población. El nacionalismo es un movimiento político surgido para satisfacer ambas necesidades del mundo moderno.

Deutsch resume su punto de vista en dos conclusiones: (a) la unidad de un pueblo depende de la eficacia de la comunicación entre los indivi-

⁴⁶ H. Kohn, 1944, p.21

⁴⁷ E. Gellner, 1983, p.34.

duos; y (b) el factor más importante para que se dé una integración y diferenciación nacionales es "el proceso de movilización social que acompañó al crecimiento de mercados, industrias y ciudades, y finalmente, de alfabetización y comunicación de masas".⁴⁸

Por fin, Miroslav Hroch señala que fueron dos los principales factores que desencadenaron el proceso de construcción de naciones:(a) "la necesidad de un creciente número de individuos de encontrar un nuevo objeto de identificación individual tras la pérdida de sus tradicionales vínculos sociales y políticos con la aldea, el señor feudal o el gremio"; y (b) "el hecho objetivo de que regiones cada vez más distantes fueran puestas en contacto entre sí a través de los adelantos en el transporte, la expansión de los mercados, la industrialización [...] que produjeron una mayor movilidad territorial y social y un aumento de la comunicación social".⁴⁹

En mi opinión los tres autores aciertan en explicarnos lo mismo: cómo fue posible que un concepto tan abstracto y elaborado como "nación" cobrase credibilidad.⁵⁰ Cuándo y porqué la mayoría de los seres humanos -y no sólo unos pocos- comenzaron a pensar en términos superiores a la aldea o a la comarca. Cómo la experiencia mediata de la nación pudo convertirse en una creencia generalizada.

⁴⁸ K.W. Deutsch, 1962, p.188.

⁴⁹ M. Hroch, 1990,p.106. El trabajo en el que aparece desarrollado su teoría de una manera más completa es *Social Preconditions of National Revival in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

⁵⁰ Se comprenderá ahora por qué uno de los pioneros en el estudio del nacionalismo, Hans Kohn, bautizado a la era moderna como "la Era del Nacionalismo"; y por qué Benedict Anderson afirma que "la nacionalidad es el valor legitimador más universalmente en la vida política de nuestro tiempo" (B.Anderson, 1983,p.12). Liah Greenfeld llega al extremo de afirmar que la idea de nación es "*el elemento constitutivo de la modernidad*" (L.Greenfeld, 1992, p.18, cursiva original).

3. Qué no es una nación

Los cuatro enfoques que acabamos de ver: el empirista, el lingüístico, el idealista y el socioeconómico -en particular los dos últimos-, suelen ser presentados por quienes los adoptan como irreconciliables entre sí.

Sin embargo, a mi juicio, es posible encontrar una interpretación del nacionalismo y del concepto de nación que los hace no sólo compatibles, sino complementarios. Una interpretación que además es extraíble de los cuatro en mayor o menor medida⁵¹ y es la siguiente: las naciones, consideradas como hechos sociales susceptibles de ser observados empíricamente, no existen. La nación no es una "cosa"; es una idea. Parafraseando⁵² a Benedict Anderson, una nación es una comunidad política imaginaria -imaginada tanto inherentemente limitada como soberana-.

Los nacionalistas son los imaginadores de naciones. Como ya apunté al comienzo de este trabajo, la principal tarea del nacionalismo en cuanto que teoría política es definir cuáles son los límites geográficos de la nación y quiénes son sus miembros. El nacionalismo es juez y parte de la idea de nación. Así se explica que sea tan frecuente ver varias ideas de nación compitiendo sobre un mismo territorio y por eso la solución de las disputas nacionalistas exige no aceptar las reglas del juego que impone el nacionalismo. Tiene razón Gellner cuando escribe que "los críticos del nacionalismo que denuncian el movimiento político pero aceptan tácitamente la existencia de naciones no van lo suficientemente lejos".⁵³ Como el unicornio, la nación es una creación cultural que podemos imaginar, incluso definir, pero no encontrar.

⁵¹ Considero que es posible porque los cuatro han demostrado que, a la hora de buscar un criterio que permita distinguir unas naciones de otras, son ciertas las palabras de Setton Watson: "no es posible elaborar ninguna definición de nación" (Setton-Watson, 1977, p.5).

⁵² Anderson define la nación como una comunidad política *imaginada*, y no *imaginaria* (B. Anderson, 1983, p.15.).

⁵³ E. Gellner, 1983, p.49.

Sólo cuando la idea de nación recibe una buena acogida, generalizada entre una población, se convierte en algo más que una idea, porque, de acuerdo con el conocido teorema de Thomas, cuando una situación es imaginada como real, es real en sus consecuencias.⁵⁴

Entonces las comunidades imaginarias se convierten en las comunidades imaginadas de Anderson. Como señala Benedict Anderson, el hecho de que sea una creación cultural no le resta necesariamente valor. "De hecho, todas las comunidades mayores que las aldeas de contacto cara a cara (y quizás incluso éstas), son imaginadas" (B.Anderson, 1983,p.15). También Liah Greenfeld señala que, desde un punto de vista estrictamente weberiano, "la realidad social es intrínsecamente cultural; es necesariamente una realidad simbólica, creada por los significados y las percepciones subjetivas de los actores sociales" (I. Greenfeld,1992;p.18).

Pero aún así, quien pretende inferir consecuencias normativas de una creencia generalizada debe observar antes que las comunidades imaginadas nunca lo son unánimemente ni de una forma estable en el tiempo. Y esta ausencia de límites claros es de crucial importancia para que resulte adecuado atribuirles derechos políticos. En particular si pensamos la gran cantidad de "imaginaciones" que se solapan, se entrecruzan y combaten entre sí por todo el planeta.

Así pues, toda doctrina nacionalista tiene un irresoluble problema de fundamentación que acaba convirtiéndola en una teoría política arbitraria: el nacionalismo es aquella doctrina política que sostiene que la titularidad última de la soberanía reside en la nación, y resulta de estas líneas que la nación es, a su vez, un grupo de seres humanos que el propio nacionalismo se en carga de definir. Esto es mucho más que un problema lógico; representa el núcleo de todas las controversias entre nacionalismos rivales, porque revela que los juicios emitidos por las partes en litigio sobre cuáles son los límites geográficos o subjetivos de una nación -o sobre su existencia o inexistencia, etc- no son suscepti-

⁵⁴ Thomas, W.I. y Thomas D. Swaine, *The Child in America*, Nueva York, 1928.

bles de verdad o falsedad.⁵⁵ Los problemas no sólo teóricos, sino también prácticos que arrastra inevitablemente -por este motivo- consigo el nacionalismo lo convierten en una doctrina insatisfactoria para articular la exigencia de derechos políticos de naturaleza colectiva.

¿Significa esto que no es posible defender el derecho a educar a los hijos en la propia cultura? ¿Debemos abandonar nuestra lengua cuando se trate de un idioma de poco peso cuantitativo que difícilmente sobrevivirá sin apoyo? ¿Tendremos que dejar el poder político en manos ajenas a nuestras necesidades y lejanas a nuestras inquietudes y deseos? ¿No habrá más remedio que rendirse ante la decisión de grandes mayorías homogeneizantes?

En ningún momento he pretendido resolver aquí a estas preguntas, y desde luego nada de lo dicho obliga a contestar afirmativamente. Lo único que he tratado de hacer notar es que no es posible responderlas *desde el nacionalismo*, porque el único argumento a su disposición es que tales derechos existen porque hay una nación que es su titular, y la idea de nación es tan difusa y evanescente que no es posible apoyar sobre ella nada sin que pierda pie y caiga al vacío, a una tierra de nadie en la que todos juegan y en la que acaba triunfando quien tiene el poder suficiente para imponer su propio modelo.



REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Albertini, Mario. *L'idée de nation*, en Albertini M. Paris: Presses, Universitaires de France, 1969, pp. 63-67

Aranzadi, Juan: *El Milenarismo Vasco*. Madrid, Taurus, 1981.

Atienza, Manuel: *Introducción al Derecho*. Barcelona, Barcanova, 1985.

Bauer, Otto: *La Cuestión de las Nacionalidades y la Socialdemocracia*. Madrid, Siglo XXI, 1979

Chevalier, J.J.: *L'idée de nation et l'idée d'Etat*, en Albertini et al., 1969, pp.49-62

De Blas, Andrés: *Nacionalismo e Ideología Políticas Contemporáneas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984.

De Lucas, Javier: *El reto del racismo*, en Sistema, n.106, enero de 1992, pp.13-28. *Xenofobia y racismo en Europa*, en Claves, n.13, junio de 1991, pp.14-26. *Europa: ¿Convivir con la diferencia? Racismo, Nacionalismo y Derechos de las Minorías*, Madrid, Tecnos, 1992.

Deutsch, Karl W.: *Nationalism and Social Communication*. Cambridge (Mass.):MIT Press, 1962. Friedrich, Carl J.: *The nation: growth or artefact?*. en Albertini, M. et al. 1969, pp.32-36.

Fusi Aizpurua, Juan Pablo: *Revisionismo crítico e historia nacionalista*, en Historia Social, primavera-verano de 1990, n.7, pp.127-134. *-La aparición de los nacionalismos*, Revista del Centro de Estudios Constitucionales, n.º.11, 1992. pp.185-195.

Gellner, Ernest: *Nations and Nationalism*. Ithaca: Cornell University Press, 1983. *Nationalism and politics in Eastern Europe*, New Left Review, n.º.189,1991,pp.127-134.

Greenfeld, Liah: *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press 1992

Habermas, Jürgen: *Conciencia histórica e identidad postradicional*, en Identidades Nacionales y Postnacionales. Tecnos. Madrid, 1989.

Hobsbawm, Eric J.: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1991.

Hroch, Miroslav: *How much does nation formation depend on nationalism?*. Eastern European Politics and Society, 1990, vol.4, n.º.1,pp.101-115.

Jáuregui Bereciartu, Gurutz: *Contra el Estado-Nación*, Madrid, C.E.C.,1990.

uaristi, Jon: *El Linaje de Aitor*. Madrid, Taurus., 19987 -*Vestigios de Babel*, Madrid, Siglo XXI,1992.

Kohn, Hans: *Historia del Nacionalismo*. Mexico, F.C.E., 1949.

Kedourie, Elic: *Nacionalismo*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales (C.E.C.1985)

Laporta, Francisco J.: *La quimera del nacionalismo*, Claves, nº.14, 1990, pp.36-44.

Mac Cormick, Neil: *Nation and nationalism*, en *Legal Right and Social Democracy*, Oxford, Clarendon Press, 1982, pp.247-264. -*Of self determination and other thing*, Bulletin of the Australian Society of Legal Philosophy, vol.15, nº.54-55, pp.1-20.

Murillo Ferrol, Francisco: *Estudios de Sociología Política*. Madrid, Tecnos. 1972. - *La nación y el ámbito de la democracia*, Sistema, nº.26,1978,pp.3-19.

Passerin d'Entrèves, Alessandro: *La doctrina dello Stato.*, Turin, Giapichelli, 19678. -*Frédéric Chabod et l'idée de nationalité*, en Albertini,M.et al. 1969,pp.65-96.

Polin, Raymond: *L'existence des nations*, en Albertini et al., 1969, pp.37-48.

Raphael, D.D.: *Problemas de Filosofía Política*. Madrid, Alianza, 1983.

Raz, Joseph y ;Marhgalit, A.: *National Self-Determination*, *Journal of Philosophy*, 1990, pp.439-461.

Recalde, José R: *La Construcción de las Naciones*. Madrid, Siglo XXI, 1982. -*El punto cero de la autodeterminación*, Claves, nº.7, 1990, pp.37-45.

Renan, Ernest: *¿Qué es una nación?* Traducción de R. Fernández Carvajal, Madrid, C.E.C., 1983.

Ruiz Miguel, Alfonso: *Problemas de ámbito de la democracia*, Doxa,nº.6, 1989, pp.99-120

Seton-Watson, Hugh: *Nations and States*. Londres, Methuen, 1977.

Sieyes, E.J.: *¿Qué es el Tercer Estado?*. Madrid, Alianza, 1989.

Smith, Anthony D.: *Las Teorías del Nacionalismo*. Barcelona, Península, 1976,.

Tönies, Ferdinand: *Comunidad y Asociación*. Barcelona, Península, 1979, Trad. de J.Elvars con la colaboración técnica de S.HGiner. Estudio preliminar de Lluís Flaquer.

Zernatto, Guido: *Nation: the history of a word*. *Review of Politics*, nº.6, 1944, pp.351-366.